

De esa gloria purísima, que el vulgo
De los graves políticos desdeña,
Y humo vano apellida. Tú, arrostrando
Tal vez su risa imbécil, decoroso
Templo alzaste á *Talia*.—Allí de *Lope*,
De *Calderón*, de *Rojas* y de *Inarco*,
De *Moreto* y de *Tirso*, numeroso
Pueblo torna á admirar, ora discreta
Y en artificio rica, ora terrible,
Ora humilde y moral, la siempre nueva
Dramática ficción.—Los que, al reflejo
De aquellos faros luminosos, siguen
La ardua senda con gloria que á la cumbre
Del sacro Pindo guía, de las rosas
Que en sus pensiles de eternal verdura,
Al amoroso riego de Hipocrene
Dulce fragancia esparcen, ya preparan
Á tus sienes espléndida corona.
Yo, á quien no es dado la sublime altura
Del Helicón pisar, una sencilla
Flor de su falda corto; ofrenda humilde
Que agradecido te presento en estos
Desaliñados números, que acaso
No morirán, porque tu nombre llevan.

1851.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS.

Varios amigos del Marqués de Molins le dirigimos á París una carta en tercetos el día de Navidad del año de 1855. Cada uno escribió un trozo de ella, ligándose con el anterior. He aquí el mío: con él remataba la carta.

¡Oportuno en verdad viene ese *tanto*
Á mediar el terceto antecedente,
Pues me convida á principiar con *llanto!*.....

Llanto vierten mis ojos, hechos fuente,
Mariano, desde aquel tremendo día,
En mi memoria sin cesar presente;

Cuando en la lucidez de su agonía,
Estrechándome tierna al casto seno,
¡*Todo es verdad!* mi esposa me decía.

¡*Todo es verdad!* ¡Oh Dios! Si en ronco trueno
Sonó un día tu voz, y á su rugido
Saulo en tierra cayó de asombro lleno,

¡Oh milagro de amor no merecido!
Tu voz por aquel labio moribundo
Tocó mi corazón estremecido.

Gusano vil en lodazal inmundo,
Alas de mariposa me nacieron,
Y con ellas me alcé lejos del mundo.

Á regiones más puras me subieron;
Mas no he llegado á la sublime alteza
De los que el lazo mundanal rompieron.

¡Cuándo será! ¡Me oprime la tristeza!
¡El pesar en que á solas me consumo
Cesa al dormir, y al despertar empieza!

¡Pídele á Dios omnipotente y sumo
Que te guarde á tu *Carmen!*..... ¡Ay, amigo,
Y no le pidas más: el resto es humo!

¡De tu casta mitad al dulce abrigo,
Donde quiera que estés, patria y honores
Y placer y amistad verás contigo!

¡Ay, para mí no tiene el mundo amores,
Ni encantos la amistad, ni luz el día,
Ni calor el hogar, ni olor las flores!

Hoy viene á acrecentar la pena mía
La memoria del santo aniversario
Que á tu lado pasé..... ¡y ella vivía!

¡Cuán distinto de aquél! Destino vario
Á ti te arroja cabe el turbio Sena,
Á mí en Madrid me amarra solitario!

¡Mas, ay, el bronce místico resuena!
¡Media-noche sonó..... luz desusada
Brotó en *Belén* y el universo llena!

¡Triste prole de *Adán*, ya estás salvada!
¡El niño-Dios, que los pecados quita,
Nos abre ya la celestial morada!

¡Oh placer, allí está! ¡De Dios bendita,
Mi *Mamiela*, vestida de hermosura,
Entre los puros ángeles habita!

¡Alma inmortal! ¡De la celeste altura
Por tu marido y por tus hijos vela,
Que moran este valle de amargura!

Sí, Mariano: tu amigo sólo anhela
Sentir en breve el lazo desatado
Que este cautivo espíritu encarcela;

Y por tanto dolor purificado,
Á mi esposa en la gloria unirme presto....
Y ver que allí también á nuestro lado
Te guarda Dios el merecido puesto!

LA PAZ.

AL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA.

Oda.

Iris de paz, iluminando el cielo,
La tempestad serena;
El águila imperial recoge el vuelo
Y torna al patrio Sena.

No en vapores de sangre se embriaga,
Ni llama á la pelea;
Ya en su garra potente el rayo apaga
Que fulminó en Crimea.

Sus alas tiende, cual dosel brillante,
Sobre la regia cuna,
Donde reposa del francés triunfante
La gloria y la fortuna.

Y allí á par descendiendo apresurado
De la eternal montaña,
A custodiar el vástago anhelado
Llega el león de España.

Que sangre de Guzmán corre en sus venas:
Sus timbres maternas
Escritos muestra España en las almenas
De Tarifa inmortales.

Siempre un Napoleón Dios nos envía
Con misterio profundo,
Cuando place á su gran sabiduría
Recomponer el mundo.*

Ya en vez del plomo, que en estruendo rudo
Sobre el francés vomita,
De allá le envía su cortés saludo
El bronce moscovita.

Del Cáucaso á la cumbre pirinea,
Y por los anchos mares,
Unida al lienzo tricolor, ondea
El aspa de los Czares.

Y cubriendo de rosas sus espadas,
De oliva sus pendones,
Al festín de la Paz alborozadas
Acuden las naciones.

Paz ese niño, y dicha y abundancia
En su destino encierra.
Pueblos, velad por él. ¡La paz de Francia
Es la paz de la tierra!

1856.

HIMNO Á LUPERCO.

(*La Muerte de César*, ACTO III, ESCENA IX.)

¡Sacro ministro del potente Jove,
Fuente de vida, animador del mundo,
Numen fecundo, tutelar de Roma,
Divo Luperco!

¡Blando rocío los sedientos prados
Riegue, y del grano que su seno encierra,
Brote la tierra, á tu amoroso aliento,
Frutos opimos!

Hoy solitaria, contemplando en torno
Tálamo estéril, silenciosos lares,
Va tus altares á colmar de ofrendas
Casta matrona.

Vele tus formas vaporosa nube:
Deja el Olimpo, los espacios hiende:
Numen, desciende: su mayor tesoro
Roma te fia.

¡Numen, desciende! La fulmínea espada
César esgrime contra el Parto rudo:
¡Cubra tu escudo al Dictador de Roma,
Divo Luperco!